



Revista Austral de Ciencias Sociales

ISSN: 0717-3202

revistaaustral@uach.cl

Universidad Austral de Chile

Chile

Menni, Ana María

Los etnógrafos narran la Patagonia: los selk'nam y Anne Chapman

Revista Austral de Ciencias Sociales, núm. 10, 2006, pp. 103-119

Universidad Austral de Chile

Valdivia, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=45901005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Los etnógrafos narran la Patagonia: los selk'nam y Anne Chapman

Ethnographers narrating Patagonia:
The selk'nam and Anne Chapman

Ana María Menni ¹

Resumen

La forma de representación etnográfica habitual, esto es, el modo en que el etnógrafo presenta un grupo humano, se ha denominado realismo etnográfico, en una asimilación al movimiento literario del siglo XIX; porque algunos rasgos característicos del realismo literario tales como la importancia de los detalles, las descripciones minuciosas y la idea de totalidad, entre otros, se encuentran en los textos etnográficos.

¹ Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Universidad Nacional del Comahue. Mendoza y Perú (8332), General Roca, Río Negro Argentina. E-mail: menni_cielo@hotmail.com

En “Las etnografías como textos”, un artículo de 1982, George Marcus y Dick Cushman se propusieron conceptualizar y describir las convenciones de ese género que fueron las que permitieron a la etnografía dar “la sensación de crear un mundo”. A partir de esta perspectiva nos proponemos analizar la construcción del texto etnográfico -un texto realista- escrito por Anne Chapman con los últimos descendientes de los selk'nam en el ámbito patagónico entre 1964 y 1974.

Palabras claves: Texto etnográfico, realismo etnográfico, selk'nam, Anne Chapman.

Abstract

The usual form of ethnographic description, that is, how the ethnographer presents a human group, has been named ethnographic realism. This is because some traits of the literary realism of the XIX Century, as the importance of details, exhaustive descriptions, and the idea of completeness, also appeared in ethnographic texts.

In “Ethnographies as texts” (1982), George Marcus and Dick Cushman described how the conventions of that genus allowed ethnography to give the sensation of creating a world. From this perspective, we set out to analyze the construction of a realistic ethnographic text written in Patagonia by Anne Chapman with the last selk'nam, between 1964 and 1974.

Keywords: ethnographic text, realism ethnographic, selk'nam, Anne Chapman.

Un pueblo, muchos etnógrafos

En el extremo sur del continente americano existió un pueblo de cazadores-recolectores cuyo estilo de vida permitía reconocer los rasgos de una cultura paleolítica. Vivían en la Tierra del Fuego y se denominaban a sí mismos selk'nam; los yámanas, a su vez, los llamaron onas que es el nombre más difundido en la Argentina.

En los primeros años del siglo XX, el gobierno nacional de Argentina encargó al médico Carlos Gallardo una investigación sobre las condiciones de vida en la Tierra del Fuego. Aunque el propósito de Gallardo no era hacer una etnografía, "Los Onas", publicado en 1910, se constituyó en un clásico para el estudio de esa etnia.

En la década del '20, el etnólogo Martín Gusinde, misionero austriaco de la congregación del Verbo Divino, realizó un trabajo monumental que fue la referencia principal de todas las investigaciones subsiguientes titulado *Los indios de Tierra del Fuego* (cfr. 1982). También a fines de la misma década, Samuel Lothrop publicó *The Indians of Tierra del Fuego* (cfr. 1928).

Desde otras perspectivas escribieron Lucas Bridges, Milcíades Vignati, el padre Agostini y Julio Popper. En la segunda mitad del siglo, este pueblo fue reestudiado por Anne Chapman quien recogió los testimonios de sus últimos miembros y asistió a su extinción. De su investigación nacieron los libros *Los selk'nam. La vida de los onas* (1986) y *El fin de un mundo. Los selk'nam de Tierra del Fuego* (1989), que serán sobre los que basaremos nuestro análisis.

Biografía mínima de una etnógrafa

La trayectoria de la Dra. Anne Chapman se inició en la década del '40 cuando trabajó con Paul Kirchoff en México; luego, desde mediados de los '50, investigó a los tolupanes o xicaque en Honduras sobre los cuales publicó años después *Los hijos de la muerte* (cfr. 1982). En 1960, cuando trabajaba en el Museo del Hombre en París, conoció a Annette Laming-Emperaire, quien armaba un equipo para continuar las campañas arqueológicas que había iniciado su esposo Joseph Emperaire algunos años antes en la parte chilena de Tierra del Fuego y ese fue su primer contacto con el territorio argentino en el que realizó su trabajo de campo entre 1964 y 1974.

Entre 1968 y 1977 filmó "Los onas: vida y muerte en Tierra del Fuego" con la colaboración del cineasta argentino Jorge Prelorán y la producción y codirección de Ana Montes de González. En su libro de 1989 aparece el guión de la película, que fue filmada en color, en Tierra del Fuego, Buenos Aires y Nueva York, con una duración de cincuenta y ocho minutos. Parte de ese trabajo de campo lo relató en los libros que se analizan en este texto. A partir de 1985 comenzó a trabajar en Puerto Williams, donde estudió a los pueblos canoeros del extremo austral chileno. En ese contexto realizó en 1990 un documental titulado "Homenaje a los yaganes de Tierra del Fuego y Cabo de Hornos"².

² Precisamente, Marcus y Cushman señalan como rasgo novedoso que "un amplio tratamiento también relacionaría la escritura etnográfica con la realización filmica" (1991: 173).

El realismo y la renovación: la reconstrucción del “estar allí” de la etnografía

La investigación etnográfica presenta, al menos, dos dificultades de importancia. Una es la transmisión de la experiencia realizada, expresada en la relación entre el trabajo de campo y el texto que lo registra. La otra, atañe al modo en que el etnógrafo construye ese texto que testimonia su presencia en un mundo ajeno y que, a la vez, lo narra.

Al igual que otras ciencias sociales, la antropología se encuentra en un momento de crisis de representación³, posparadigmático, en el que las llamadas antropologías experimentales han acaparado la atención por la ruptura que supuestamente implican con respecto a la forma de escritura etnográfica históricamente desarrollada.

Aunque las nuevas experiencias de escritura aún no poseen demasiados rasgos distintivos, los autores mencionan la presencia de la autoconciencia, la reflexividad, la contextualidad, el sentido de la vida social para quienes la protagonizan, la atención puesta más en la indeterminación que en las regularidades y la primacía otorgada al diálogo y la comunicación.

En cambio, la forma de representación etnográfica habitual, esto es, el modo en que el etnógrafo presenta un grupo humano, se ha denominado realismo etnográfico (Marcus y Cushman 1991: 175) en una asimilación

al movimiento literario del siglo XIX⁴, por algunos rasgos característicos del realismo literario tales como la importancia de los detalles, las descripciones minuciosas y la idea de totalidad, entre otros, se encuentran en los textos etnográficos.

Cuando Marcus y Cushman se dieron el trabajo de analizar este realismo del texto etnográfico, su tarea dio como resultado el reconocimiento de nueve convenciones que permiten delinear el género del realismo etnográfico.

Delinear con claridad el género realista en los textos etnográficos proporcionará sin duda los mayores elementos para apreciar y evaluar las innovaciones introducidas por las nuevas experiencias. Entretanto, teniendo en cuenta que como señalan George Marcus y Michael Fischer “la lectura y la enseñanza de textos etnográficos ejemplares ha sido el principal medio para transmitir a los estudiantes lo que los antropólogos hacen y saben” (2000: 4), estimo de gran interés efectuar una lectura de los textos etnográficos de la Patagonia utilizando las categorías de análisis propuestas por estos autores, explorando sus límites y posibilidades.

La escritura etnográfica y la obra de Anne Chapman

El interés por efectuar una problematización de la narrativa etnográfica de Anne Chapman surge de varias consideraciones previas. Una de ellas es que ofrece la posibilidad de cotejar

³ “Una ‘crisis de representación’ que nace de la incertidumbre acerca de los medios apropiados para describir la realidad social” (Marcus y Fischer, 2000: 29).

⁴ Llamado así por pretender representar detalladamente las condiciones de vida de la época, en oposición a la perspectiva romántica de la primera mitad del siglo. Balzac, Dickens, Flaubert y Pérez Galdós son algunas de sus figuras más representativas.

una serie de parámetros críticos esbozados teóricamente por los autores mencionados, con textos escritos con anterioridad a la eclosión de la crítica etnográfica y, en cierto sentido, mostrar que los textos de Chapman presentan características novedosas para el momento en que fueron escritos y relativizan las afirmaciones de los autores norteamericanos.

Esos textos fueron escritos en el marco de una línea de tradición de trabajo de campo y de presentación de los resultados cercana al realismo etnográfico aunque con algunos rasgos diferenciales típicos de la literatura antropológica francesa.

Otra está dada porque se trata del trabajo realizado en la Patagonia por una autora extranjera. Esto significa que no se trata de observar una “manera argentina” de hacer trabajo de campo etnográfico a la luz de indicadores construidos por académicos de un país central sino de hacer una lectura del trabajo de campo realizado en la Argentina por una académica de otro país central con una tradición antropológica diferente.

Asimismo, el propósito es mostrar, a través de su obra, el modo en que una etnógrafa en especial ha descrito a un pueblo de la Patagonia; porque si, como señalan Marcus y Cushman, el interés por la escritura de los textos etnográficos se centraliza en escudriñar “la manera en que los etnógrafos alcanzan su efecto como conocimiento de los ‘otros’” (1991: 171), en este trabajo interesa también captar el modo en que la autora elegida realiza la articulación trabajo de campo-escritura del texto, la forma en que está lograda la construcción de este último, así como el

modo en que alcanza su efecto en base a ciertos recursos de escritura, argumentación, presentación y estilo.

Las convenciones del género realista en la etnografía

Se reconocen nueve convenciones a través de las cuales se construye el género realista en la escritura etnográfica. Ellas serán enumeradas a medida que se analizan.

A) Primera convención: La escritura narrativa de la etnografía total

Esta convención se refiere al problema de la representación de las relaciones entre el todo y las partes, o dicho de otra manera, a la convención inserta en la tradición histórica de la antropología de sobreentender que cuando se hace etnografía “se describe todo”. Se trata, más específicamente de la discusión acerca del alcance de ese “todo”.

A lo largo de la historia de la disciplina se postularon diferentes modelos de trabajo de campo que sirvieron para guiar a los etnógrafos en su quehacer. Cada escuela o corriente proponía un esquema propio tanto para la recolección como para el tratamiento de la información y el análisis de los datos obtenidos. Por esa razón, los autores en quienes se referencia este trabajo, distinguen entre seguir ordenadamente la secuencia de las partes o unidades en que podía dividirse una sociedad para su estudio y la etnografía de partes o parcial, que se circunscribía a un tema, dejando para otro momento – indeterminado- el análisis de los sectores que no se habían considerado en ese momento pero cuyo tratamiento era pertinente.

Quienes escriben etnografías experimentales intentan presentar una organización textual diferente en sus estrategias a aquellas utilizadas en el pasado y lo explican así:

“En los experimentos de escritura etnográfica más recientes se han desarrollado al menos dos estructuras narrativas alternativas: Una consiste en convertir la naturaleza temporal de la experiencia del trabajo de campo en un marco de referencia espacial para el texto (...) La otra, en plantear un problema o una paradoja cultural en el primer capítulo y, a través de cierto número de capítulos dedicados al examen del material relevante, llegar a una solución en las conclusiones” (el subrayado es mío) (Marcus y Cushman, 1991:177-78).

La organización textual utilizada por Chapman, es la subrayada por mí. Su trabajo posee, pues, una estructura narrativa similar a la que promueven los “nuevos autores”, estructura que se refleja en el índice de *Los selk'nam. La vida de los onas* (1986).

La meditación sobre el ritual del hain es el objeto temático sobre el que se desarrolla el libro; la autora reflexiona sobre él porque constituye un problema central de la cultura selk'nam. Señala en la Introducción que “El foco central de este estudio es la ceremonia que los selk'nam llamaban hain y que es más conocida en la literatura antropológica como el rito klóketen de iniciación”, reafirmando así: “Uno de los aspectos principales de la ceremonia del hain, tema central de este libro...” (67).

Existen pruebas que corroboran la importancia substantiva del hain como objeto temático de la investigación presentada en el libro. Ellas son que, de un total de diez capítulos que organizan

doscientas treinta páginas de texto puro (si no se consideran las notas ni la bibliografía), siete se dedican al tema elegido, uno de ellos referido a la ideología en general y los seis restantes a un ritual específico, conjunto al que se agrega el capítulo correspondiente a las conclusiones. Los dos primeros capítulos versan sobre “Historia” y “Medio ambiente” y “Estructura socioeconómica”, respectivamente, recordando la necesidad de describir el “todo”.

La aprehensión de totalidad sigue siendo una meta aunque etnógrafos actuales como Honorio Velasco y Ángel Díaz de Rada (1997: 32) reconocen que se trata más de una utopía estimulante que de una posibilidad cierta. ¿Dónde surge esa pretensión? ¿Por qué esa preocupación por aprehender una cultura en su totalidad? Porque siempre se hizo así, dirían, en el campo. O porque, como señalaba Charlene Valentine: “el objetivo del etnógrafo ha sido en general -al menos en teoría- abrazar todos los aspectos y dimensiones fundamentales de la existencia social de sus sujetos” (1972:109). Los autores españoles citados antes la entienden “como un residuo del ideal enciclopédico y naturalista que tiene aún como sombra el trabajo de campo”, “una tendencia que le da sentido”, “una ilusión que sobrevive después, como una especie de recompensa para finalizar con un comentario estupendo sobre su profundidad: “Como exigencia, sin embargo, importa mantener esa ilusión, especialmente cuando el objetivo es el estudio de un ámbito o aspecto de la sociedad de pertenencia, pues sólo así es posible liberarse del engaño de creer que conocer un ámbito es haber accedido al conocimiento de la totalidad (1997: 33)

B) Segunda convención: La presencia no intrusiva del etnógrafo en el texto

Se considera que el etnógrafo no aparece en forma directa, hablando en primera persona sino indirectamente, a modo de narrador omnisciente. Se trata de una estrategia narrativa, que según los autores citados contribuye a afianzar la autoridad del etnógrafo y lo distingue de los autores de los libros de viajes que, en cierto sentido, son sus antecesores.

Sin embargo, esta convención puede interpretarse como contradictoria con la pauta de trabajo propia de la profesión o como una discontinuidad forzada entre la experiencia de campo y su producto materializado en un texto⁵, posiblemente vinculada con las exigencias de la tradición positivista necesarias para que la antropología pudiera ser considerada una disciplina científica.

Ahora bien, ¿cómo aparece la autora en el texto en análisis? Es posible anticipar que su presencia varía en distintos momentos y de acuerdo con la temática tratada, observación que lleva a pensar que la descripción de la convención tal como está planteada en “Las etnografías como textos” es insuficiente para abarcar las múltiples posibilidades de intervención de un autor en el mismo.

El primer capítulo del texto de Chapman que estamos analizando, “Historia y medio ambiente”, está escrito como un informe técnico basado fundamentalmente en los trabajos y

observaciones de Annette Laming-Emperaire. Sin embargo, cuando la autora empieza a mencionar a los grupos etnográficos de la isla insinúa su presencia al decir “No sabemos cuando... [llegaron los grupos]” y al comenzar a desarrollar la geografía dice en un tono totalmente escolar: “Desde ahí trazamos una línea pasando a un costado de la isla Dawson...” (1986:29) usando una tercera persona colectiva y plena de autoridad.

En cambio, al final de ese primer apartado del capítulo uno, utiliza la primera persona para decir “A partir de 1969 y hasta 1976 hice colecciones de superficie en diversos sitios de la costa atlántica” (24).

El segundo punto de este capítulo es “Los selk'nam en la historia”, inserto en el relato de la expedición de Magallanes; en él la autora dice con naturalidad que “Ángela me contó que su gente hacía señales con fuego en caso de emergencia” (25) y agrega que “Mis informantes tenían conocimiento de haush muertos en el siglo XIX por comer carne de lobo marino o de ballena deliberadamente envenenada por loberos” (26).

A pesar de que, en gran parte del capítulo, usa un tono impersonal al hablar de la geografía, la flora y la fauna, la presencia de la autora se filtra igualmente. Un ejemplo de esa firme presencia en ausencia, se encuentra en la siguiente declaración: “En un día claro, esta región es extraordinariamente hermosa y las aguas del mar, de un azul profundo” (35) y luego, cuando dice: “Algunos de esos europeos parecían creer que era obligación cristiana de los indígenas recibir el abrazo de la muerte de los blancos con una amable sonrisa” (37).

⁵ Charles Valentine (1972: 107) observaba que “Los métodos etnográficos se crearon con el propósito de investigar un modo de vida mediante el contacto directo, intenso y personal con sus condiciones de existencia”.

En síntesis, en un mismo capítulo aparece: a) un relato de tono técnico y estilo impersonal, b) un relato descriptivo con un uso de la tercera persona que sirve -o utiliza- para dar opiniones, c) un relato descriptivo con uso informativo de la primera persona, d) un relato informativo con un uso, valga la redundancia, marcadamente personal de la primera persona.

Contrariamente a lo que opinan los autores, aquí se considera que el uso, en el primer capítulo, de la primera persona del singular deja sentada su autoridad y su “legitimidad envolvente” desde el comienzo de la obra. Qué mas demostración de autoridad que la que muestra en la siguiente argumentación sobre su investigación: “Pude reunir información acerca de unos 3386 individuos incluyendo a blancos que se habían casado o convivieron con mujeres indígenas y a sus descendientes mestizos, muchos de los cuales viven en la Isla Grande. Todos los individuos componen las setenta y nueve genealogías, que fueron elaboradas por mis informantes a lo largo de los años que trabajé con ellos” (39).

Reiteramos: se trata de una primera persona plena de autoridad. Autoridad que se vuelca sobre “mis informantes” y que se ve reforzada al señalar “a lo largo de los años que trabajé con ellos” con lo que pone de manifiesto que su presencia en el campo fue prolongada, cumpliendo con otro de los requisitos claves del trabajo de campo.

Además, este fragmento es la primera referencia explícita al trabajo de campo, fuera de la Introducción del libro. Se dice esto porque- después de Geertz- los autores posteriores mencionan irónicamente que los etnógrafos se encuentran relegados a los prefacios,

introducciones, notas al pie o apéndices de sus escritos.

Más ejemplos. Resulta muy atractivo el modo en que la autora se cuela en el relato en un texto informativo como el del capítulo uno porque como se trata de descripciones tomadas de los autores que históricamente trabajaron en el tema, no debiera tener -aparentemente- mucho lugar en el que aparecer.

Sin embargo, Chapman refuerza comentario de un autor de la década del '10 como Gallardo o del '20 como Lothrop, intercalando un “fue contado que cuando quedaban atascados en la nieve [los guanacos], los perros los mataban mordiendo la cabeza” (42) o “Lola me contó que le causaba pena matar chulengos de esa manera” (43) y se introduce firmemente en el texto al decir “Lola fruncía la nariz cuando yo preguntaba por la carne de lobo” (44).

Es notable cómo gracias al recurso narrativo empleado -y al uso de la primera persona- el lector se siente participe de la conversación transportado al escenario del trabajo de campo. Se trata de una muestra del “haber estado ahí” de Geertz⁶.

También resulta muy interesante la forma en que Chapman presenta los datos del autor que cita para luego cotejarlos con los proporcionados por su informante. De ese modo hace uso

⁶ “La habilidad de los antropólogos para hacernos tomar en serio lo que dicen tiene menos que ver con su aspecto factual o su aire de elegancia conceptual, que con su capacidad para convencerlos de que lo que dicen es resultado de haber podido penetrar (o, si prefiere, haber sido penetrados por) otra forma de vida, de haber estado de uno u otro modo, realmente “estado allí”. Y en la persuasión de que este milagro invisible ha ocurrido, es donde interviene la escritura.” (Geertz, C., 1989: 58).

articulación de pasado y presente que resulta novedoso como recurso y esclarecedor de un modo diferente para el lector. Un caso es el siguiente: “existe una planta llamada taiiu (*Descurainia antarctica*) cuyas semillas, según Lola, cuando son preparadas como una pasta, tienen gusto a chocolate. Gusinde menciona que agradaba mucho a los niños” (47).

Con gran habilidad, la autora: a) menciona la planta, b) efectúa la identificación botánica, c) cita la opinión de su informante, d) refuerza esa opinión utilizando un autor de principios de siglo. Simultáneamente, e) el comentario de Gusinde aparece contrastado y validado por la informante en el presente.

Un recurso similar con el que logra un clima intimista de gran intensidad es cuando, al hablar de la vivienda, transcribe las descripciones de todos los autores -Gallardo, Lothrop, Bridges, Gusinde, Vignati y otros- y remata el tema contando que Lola hacia el fin de su vida se había hecho una choza “donde pasaba muchas horas del día, sola, sentada junto al fuego, tejiendo una canasta, zurciendo su ropa o haciendo medias de lana” (50). De ese modo, todo el caudal de la descripción abandona el plano de lo teórico para adquirir la fuerza de lo vivencial.

Retomando un aspecto tratado anteriormente, Marcus y Cushman dicen que la primera persona es “más falible” y que “el uso del autor omnisciente aumenta la sensación de objetividad científica proyectada por el texto, tal recurso también contribuye a quebrar la relación entre lo que el etnógrafo sabe y el modo en que ha llegado a saberlo” (1991: 178).

Ya se ha mostrado aquí que el uso de la primera persona no quita el efecto de objetividad;

simplemente reduce la distancia entre el autor y el lector. La pregunta por lo que la autora sabe y el modo en que ha llegado a saberlo no plantea demasiadas dudas porque desde el primer capítulo, el lector empieza a familiarizarse no sólo con los autores clásicos que han investigado el tema sino con los informantes selk'nam de la autora. Esto ocurre con una naturalidad (si es posible el término) que lleva al lector a tener la impresión de que no hay secretos ni maniobras oscuras en la transmisión de las experiencias del etnógrafo.

El último punto del primer capítulo, “¿Fue ‘simple’ la sociedad selk'nam?”, comienza a responder la pregunta mediante el empleo resuelto de la primera persona: “Estimo que es un error calificar de simple la tecnología...” (65). Luego, analiza el tratamiento que dio al tema Gusinde en términos cuantitativos y concluye diciendo “como lo probaron mis informantes unos cincuenta años después” (65 y ss).

No es el tiempo de verbo lo que da autoridad a la autora; la legitimidad se desprende de la presentación que hace de los argumentos.

C) Tercera Convención: El común denominador personal

Esta convención se refiere a la supresión de las individualidades, lo que explica, según los autores, “el tono seco e ilegible de tales textos” en tanto que señalan que muchos etnógrafos actuales, en ocasiones no trazan claramente las líneas entre la escritura fáctica y la ficticia. En este caso no es así, por el contrario, hay una importante presencia de los individuos. Tan importantes son, que aparecen como deben hacerlo, esto es, como sujetos de la etnografía.

Los informantes aparecen de diferentes maneras, dando relieve al texto y nunca de forma estereotipada. De este modo, el lector llega a conocer a Lola, a Ángela, a Federico y casi puede acercarse a sus palabras porque ellos no son los “sujetos abstractos” de algunos etnólogos ni sus palabras operan sólo a modo de ilustraciones de extensas elucubraciones del autor, como suele ocurrir en los textos de otras disciplinas que se han “cualitativizado” sin demasiada convicción.

Siempre en el contexto del primer capítulo, al hablar del trueque presenta un juego de citas perfectamente separadas, en las que los autores se van complementando recíprocamente. Así comienza con Gusinde, continúa con Coiazzi, un misionero salesiano, luego con Gallardo y dice: “Finalmente, cito a Ángela”, frase a la que sigue una extensa cita (cfr. 1986: 64) Otras formas son “según mis informantes” (57), “Lola me contó...” (62), “Según Federico...” (62), “Ángela comentó...” (62).

D) Cuarta convención: La marcación de la experiencia del trabajo de campo.

Hay dos aspectos muy importantes relacionados con esta convención. Uno se refiere al lugar y la forma en que el autor colocó la información sobre el trabajo de campo y el otro, a la aparición en el texto de algunos elementos denominados “marcadores simbólicos” que son los gráficos, dibujos y fotografías. Su importancia se deriva de la autoridad y legitimidad que es posible otorgar al autor y por ende a su narración, porque el “estar allí” es la expresión que marca la autenticidad de la experiencia vivida por el etnógrafo. Experiencia que debe ser transmitida, transferida, traducida al lector. Si bien el lector habitualmente, está predispuesto a “dejarse

convencer” por el autor, los “marcadores simbólicos” ayudan a ello.

Marcus y Cushman señalan (1991:100) que el estándar de la escritura del género fomenta indicar de manera marginal las condiciones del trabajo de campo y presentarlo como un aspecto relativamente no integrado al texto. La pregunta que se presenta de inmediato es si la presentación realizada por Chapman ofrece algunas variantes en relación al esquema que describen los autores.

Chapman habla de su trabajo de campo en diferentes ocasiones a lo largo del libro, aunque respondiendo a la pauta habitual, centra el relato en la introducción. Sin embargo, proporciona suficientes datos como para satisfacer las posibles preguntas del lector y como para poder trazar una cartografía de su trabajo en el terreno. Indicios que comienzan en los agradecimientos cuando señala explícitamente que “este libro no existiría sin la colaboración y amistad de los descendientes selk'nam con quienes tuve el privilegio de trabajar. Me refiero a...”, mencionando individualmente a todos sus informantes.

En ese mismo texto inicial, aclara que fue a Tierra del Fuego por primera vez en 1964, gracias a la famosa arqueóloga Annette Laming-Emperaire, tampoco oculta que fue ella quien le habló por primera vez de Lola Kiepja, la única selk'nam viva, nacida alrededor de 1880.

No hay ambigüedades por parte de la autora en relación a la forma de su ingreso al extremo sur de Sudamérica. En los agradecimientos de las páginas iniciales del libro cuenta que:

i. A fines de 1964 viajó a Tierra del Fuego como miembro de la Misión Arqueológica Francesa a Chile Austral.

ii. Que para la Navidad de ese año pudo conocer a Lola Kiepja en la reserva ubicada en la zona argentina de la Isla Grande, cerca de la cabecera del lago Fagnano.

iii. Que volvió a ver a Lola, a fines de enero de 1965, cuando empezó a grabar sus cantos, detalle que permite al lector no sólo adquirir una imagen difusa de la tarea del etnógrafo sino visualizar algunas etapas del trabajo de campo. Asimismo, la autora describe a Lola y hace una breve reseña de su relación.

iv. Volvió en 1967, por tres meses, para trabajar con Ángela Loij a quien había conocido por intermedio de Lola, ya fallecida. Describe a Ángela y sus circunstancias vitales y comenta que “Las dos parecían sentir placer en hablarme y actuar como mis maestras” (18).

v. Entre 1968 y 1970 pudo hospedarse en Río Grande y disponer de una pequeña oficina en la municipalidad.

vi. Durante mi tercera visita, que se extendió desde setiembre de 1968 hasta abril de 1970, pasé la mayor parte del tiempo en Tierra del Fuego trabajando intensamente con Ángela. También entrevisté a otros descendientes de selk’nam” referencia

vii. “Durante esos años (1968-1970) participé en la filmación de un documental sobre los últimos selk’nam y el destino trágico de este pueblo”.referencia

viii. Entre 1972-1974, recibió ayuda financiera del CONICET argentino.

ix. En varias ocasiones usa la palabra “visita” para referirse a sus estadías en Tierra del Fuego, expresión que le da una tonalidad más próxima a situaciones amistosas que laborales.

x. “Emprendí dos expediciones a la región SE de la isla, a caballo y a pie, con el propósito de mejorar mi conocimiento sobre cómo los indígenas vivían en su tiempo y de localizar sitios de valor arqueológico. Realicé colecciones de superficie de utensilios hechos de piedra y de hueso y excavé tres tumbas”. Los materiales de esas colecciones se encuentran distribuidos entre Ushuaia y el Museo de La Plata.

xi. “En Punta Arenas, Chile, consulté documentos históricos en el Instituto de la Patagonia y entrevisté a dos viejos escoceses que habían trabajado en las estancias de cría de ovejas de la isla al comienzo del siglo, cuando aún vivían centenares de selk’nam”.

xii. “Regresé a la Argentina por cuarta vez en junio de 1972 y permanecí hasta setiembre de 1974, período en que consulté documentos en las bibliotecas de Buenos Aires y fui tres veces a Tierra del Fuego para continuar mi estudio con Ángela y los demás. Cuando dejé Río Grande en abril de 1974 esperaba encontrarme con Ángela unos pocos meses después en Buenos Aires, donde iría a visitarme por segunda vez. Estuve sumamente apenada al enterarme de su repentina muerte, un mes más tarde”.

En la Introducción, luego de reseñar los trabajos célebres sobre el tema y ubicarse en el continuum de los investigadores dice⁷: “En mi caso, el conocer a Lola Kiepja fue el factor determinante para iniciar mi trabajo en Tierra del Fuego”.

En resumen: la autora tuvo acceso directo a las personas y situaciones con las que le interesaba tratar. Su trabajo fue amplio y abarcativo. Aparentemente no pretendió hacer una “etnografía total” y no es eso lo que se desprende de su obra, pero como sus intereses eran muy amplios, cubrió muchos aspectos, entre los que es posible mencionar: 1) Consulta bibliográfica en Argentina y Chile; 2) reconocimiento del terreno a pie y a caballo; 3) recolección de material arqueológico; 4) realización de entrevistas; 5) registro de canciones; 6) participación en la filmación de un documental; 7) registro fotográfico.

Estos son los indicadores más amplios en relación al trabajo de campo; no trata el tema de modo marginal y a lo largo del texto se reiteran los

testimonios del estilo ‘Ángela me dijo’, ‘Federico me contó’, ‘Lola me interrumpía’, que por frecuencia no ofrecen la impresión de haber sido puestos como ‘marcadores simbólicos’ sino como resultado de la habitualidad de la conversación fluida con los informantes.

Por último y respecto a su ubicación en la relación a un enigma o a la interpretación que se ha hecho de la cultura en estudio, en la Introducción, dice que “El presente libro utiliza las fuentes mencionadas, [Gusinde, Bridgman, Gallardo, etc.], pero pone en duda algunas de las afirmaciones relativas a la sociedad selk'nam” (15). El segundo aspecto es el uso de los ‘marcadores simbólicos’.

El libro, publicado por la editorial Emecusa, tiene doscientas ochenta y siete páginas y veintitrés ilustraciones entre fotografías, gráficos y esquemas. Brevemente, estas cifras significan que el ocho por ciento del libro está constituido por ilustraciones de distinto tipo. Pero estrictamente, en un mundo de fuerte impronta tecnológica esos datos prueban muy poco. O no prueban lo que pensaban los autores de los ‘80 cuando ellos indicaban que “La distribución a lo largo de un estudio típico de mapas, dibujos y fotografías, cuya presencia como marcadores simbólicos del hecho de “haber estado allí verdaderamente” era tan menos tan importante como la información que pretendían comunicar, era un refuerzo suplementario” (1991: 179). Supuestamente era ésta una forma de establecer la autoridad y transmitir una “legitimidad envolvente”. Sin embargo, los autores suenan entre suspicados e ingenuos en extremo al decir esto, porque el texto de Chapman se hace evidente que se recurre a mapas, gráficos y fotos con ese sentido ya que los mapas pudieron obtenerse

⁷ Marcus y Cushman dicen: “Como problema de escritura, muchos de los aspectos de la cuestión de establecer la presencia narrativa se resuelven de acuerdo con la manera en que el etnógrafo comienza su texto. (el subrayado es mío) En las etnografías contemporáneas, una de las formas más efectivas y comunes en que se introduce la autorreflexión es la de colocarse uno mismo en un continuum histórico con todos los extranjeros anteriores que han observado y vivido en el grupo sobre el cual se escribe. Este es un comienzo particularmente efectivo cuando uno puede orientar su etnografía en relación directa con las lagunas y problemas de las etnografías anteriores. Se trata de señalar un problema o un enigma que el trabajo debe resolver, y que se localiza no tanto en el interior de la cultura misma como en la forma en que ésta ha sido interpretada en el pasado. De esta manera, la autoridad del texto actual se sitúa con precisión en un contexto hermenéutico, y lo que sigue a partir de allí queda naturalmente abierto al apoyo retórico de las descripciones y de las afirmaciones realizadas a título de testimonio personal” (1991:187).

fácilmente, las fotos de los rasgos geográficos también, la mayor parte de las fotografías de personas corresponden a medio siglo atrás y han sido tomadas de la obra de Gusinde y los cuadros son prueba del trabajo de elaboración de gabinete, de modo que la aceptación de la narración de la etnografía debe basarse en otra clase de evidencias.

E) Quinta convención: El foco en las situaciones de la vida cotidiana

Esta convención trata del modo de representar la vida real en las “etnografías realistas”. En el capítulo “La estructura socioeconómica” (70 ss), habla de la vida diaria al referirse a la división del trabajo, a las distinciones económicas, a las ocupaciones que conferían jerarquía, a la organización social, a la familia, a la posición social de la mujer, a la tenencia de la tierra y finaliza discutiendo si se trataba de una sociedad igualitaria. ¿Cómo elabora la autora el discurso? Como un informe técnico al hablar de la caza y la recolección.

No oculta su perspectiva teórica, plantea claramente su hipótesis al decir: “Parto de la hipótesis de que la división del trabajo es una creación cultural....” (72).

Al referirse a las ocupaciones y el status, lo vincula con la reconstrucción genealógica que realizó, menciona la escasez de referencias escritas para los haus, al citar a sus informantes dice “mis informantes recordaron...” (73).

Muchas de las costumbres relativas a la vida diaria surgen de la confrontación entre la información bibliográfica y los conocimientos de los informantes. Así, en numerosas ocasiones, a lo largo del capítulo se encuentran expresiones

como “El hecho...confirma los testimonios de Ángela y Garibaldi en el sentido de...” (76). O como se comprueba en este pasaje: “Según Gusinde...Pero Ángela, Federico y Garibaldi insistieron en que...” (77). En este caso, el peso de la autoridad de Gusinde cede ante el testimonio (el punto de vista) del nativo. Como reflexión ante este tema surge que la vida real englobada en la denominada “ilusión de totalidad” tiene presencia permanente en esta narración etnográfica.

F) Sexta convención: La representación del punto de vista del nativo

En esta convención, lo principal es la cuestión si es posible hacer lugar a la subjetividad del Otro cultural. Sabemos que actualmente sólo es importante el cuestionamiento en referencia a los problemas del significado y el sentido de la transcripción/traducción.

La lectura del texto de Chapman permite preguntarse sobre este tema y es posible responder que hay palabras, expresiones de los nativos; que se asiste al diálogo de las categorías del investigador con las de los miembros de la cultura estudiada, seguramente una cuestión que tiene más relación con la honestidad intelectual que con las dificultades de interpretación.

Efectivamente, aparecen palabras en lengua selk'nam y también en lengua haus, cuya interpretación o traducción le proporcionan los informantes; por ejemplo, “en un lugar determinado...para realizar competencias chamánicas y deportivas, llamadas huash-ketin, que según me explicó Federico significa ‘encuentro o reunión de mucha gente’ (...) Lola me contó de un huash-ketin, en el que había

participado su abuelo materno. Federico tenía noticias de otro ocurrido en párik sobre la costa de la Bahía San Sebastián, cuando una ballena varó allí” (61-62).

Esta es una muestra interesante del modo de utilización de los recursos narrativos, a saber: i) Federico explica el concepto y traduce la palabra; ii) el acontecimiento adquiere realidad porque ambos informantes recuerdan o tienen noticia directa de su existencia.

Otro ejemplo: “Los selk'nam se asignaban a sí mismos el Norte: eran Kámuka. La terminación ka significa pueblo o gente. Cuando le pedí a Ángela que me explicara esto, su respuesta fue: Porque vinimos del Norte (129).

Marcus y Chapman hablan de diferentes etapas en relación a esta representación, una de ellas se caracteriza por “el uso de declaraciones nativas con sus traducciones (‘para que ellos hablen’), pero con la estrecha vigilancia editorial del etnógrafo (como en el caso de Raymond Firth)” (1991: 181). Eso puede sonar a suspicacia o mala fe surgidas de la percepción que puedan tener de los autores británicos de la primera parte del siglo XX. Aquí hay que tener presente que los “nativos” que entrevistó Chapman estaban sumamente aculturados, hablaban castellano con fluidez, fueron socializados en la cultura que destruyó la cultura original de sus ancestros y recibieron sus conocimientos por tradición oral y mecanismos informales de socialización. Al tener los descendientes selk'nam entrevistados por Chapman incorporado capital cultural propio de la sociedad dominante, es probable que una vez establecido el “rapport” con la etnógrafa no es de dudar que disfrutaran de recrear sus experiencias, vivencias, conocimientos, etc. Por otra parte, es posible detectar la existencia

-si la hubiera- de la interferencia de la etnógrafa en la transcripción/traducción de lo hablado por los informantes. Por ejemplo, en el siguiente párrafo: “La cuarta y más pequeña entidad de parentesco era denominada aska, lo que significa ‘familia cercana’, según Ángela y Federico. No logré que ellos lo definieran con más precisión, pero sin duda el término abarcaba al núcleo familiar y a parientes cercanos” (92).

La misma estructura del relato muestra también que no hay intención de ‘hacer decir a’ con las limitaciones de la conceptualización o conocimiento de los informantes. También la autora muestra sus propias limitaciones cuando dice “que yo sepa no hay ninguna palabra selk'nam para linaje: sos-haruwen (uno-tierra) era un término usado para referirse a los miembros de un mismo grupo exogámico. Aunque este término no aparece en la literatura referida a los selk'nam, mis informantes lo empleaban con frecuencia cuando discutaban la exogamia del grupo haruwen” (90).

Un ejemplo muy interesante de la representación en transcripción, interpretación, o presencia secas del punto de vista del nativo se encuentra en el siguiente pasaje: “La anciana Catalina Alamshärke le dio datos a Gusinde sobre los haruwen del norte y da la impresión de que ella no entendió bien sus preguntas y que malinterpretó sus respuestas” (...) Esta falta de correspondencia completa entre mis datos y los de Gusinde se explica por la limitación de los míos y los problemas de transcripción de los nombres selk'nam” (88).

Y previamente cuando dice: “Pero mis informantes lo afirmaron claramente...esta regla cayó en desuso y sin duda por eso, Gusinde no la conocía” (84). Se refiere a la regla

exogamia. El investigador no la conocía, pero sus informantes sí.

G) Séptima convención: La extrapolación estilística de datos particulares

Aquí la crítica se dirige a la forma en que, para lograr el objetivo de la presentación de una “etnografía total”, en lugar de “mantenerse a nivel del mero detalle de hechos particulares acumulados durante la investigación” (Marcus y Cushman 1991:181), se realizaban generalizaciones del tipo: se trata de un ritual típico, o de un matrimonio típico. La crítica mayor se dirige a destacar que no es posible reconstruir el camino desde la afirmación hasta el trabajo de campo y lo que pasó en él. La propuesta o lo que se hace actualmente en las etnografías experimentales es “reducir la escala del estilo de escritura al nivel de una presentación de evidencias particulares obtenidas en el campo, acompañada de una autoconsciente elaboración de las generalizaciones” (1991:182). ¿Qué ocurre en la etnografía realizada por Chapman?

En primer término, el efecto final está logrado merced a una cuidadosa construcción del texto, construcción en la que se incluyen la información bibliográfica, los testimonios de los informantes y las propias observaciones. Respecto al nivel de análisis, en el capítulo 4 “Escenario y símbolos de la ceremonia del hain”, se introduce plenamente en el tema central de su trabajo. Algunas evidencias de la presencia de la autora en el campo y el modo en que llegó a elaborar su construcción se encuentran en los dos gráficos que muestran el escenario de la ceremonia y la ubicación de los postes ceremoniales; se presenta una representación visual, en términos de imagen que ayuda

a ubicarse al lector y a representarse ese escenario; no hay “extrapolación estilística” al menos al principio del capítulo, porque empieza a contar cómo era el escenario del hain en 1923, “cuando Gusinde fue testigo de un hain” (121), es decir que no sólo hay una presentación a nivel de particularidad sino en tiempo y espacio acotado y legitimando la descripción por la información de un testigo directo. Luego, sigue a Lucas Bridges quien también fue testigo del hain. Continúa el detalle de la ubicación o del asentamiento del hain diciendo que “Ángela me dijo que, después de la llegada de los blancos, sólo por excepción se hacía un hain en la costa, para evitar la cercanía de las estancias que ya estaban instaladas allí”⁸ (123).

La escala está totalmente circunscripta. Constantemente apuntala las informaciones y el relato, basado en las fuentes de los etnógrafos anteriores, recurriendo al testimonio de los informantes, lo que le da mucha fuerza, incluso, expresiva. Como cuando dice: “Concebían a los cielos como ‘las cordilleras invisibles del infinito’, en palabras de Ángela” (127); y luego, “Según Federico, los postes del Este y del Oeste eran los primeros en levantarse y les decían cuñados por sostenerse mutuamente” (126).

El capítulo finaliza con un comentario de Ángela que dice “ Los espíritus no parecían hombres. No se podía imaginar que lo fueran” (1986: 135) cita que le da un carácter de inmediatez muy sugestivo a todo el texto.

⁸ Transcribo toda la oración porque el testimonio de la informante “cierra” toda la presentación del tema del lugar de realización del hain con una explicación -sensu strictu- totalmente convincente.

H) Octava convención: Embellecimiento por medio de la jerga

Esta convención se refiere a cómo el uso de un lenguaje específico contribuye a reforzar la autoridad del etnógrafo. Las reflexiones de los autores sobre esta convención despiertan algunos interrogantes porque: 1) hasta qué punto la jerga es sólo un maquillaje; 2) ¿significa lo mismo jerga que lenguaje técnico? Marcus y Cushman dicen que “la jerga ha servido para afirmar simbólicamente la competencia antropológica del autor” (1991: 182). Es una opinión interesante pero otra pregunta que cabe es: ¿Cómo hace para decir que “De mis propios datos y de un análisis de la literatura existente sobre este tema (lo escrito por Gusinde es lo mejor documentado), deduzco que se trata más bien de un linaje localizado, patrilineal y patrilocal” (1986: 87) sin decir lo que está diciendo? ¿Por qué cuáles son las formas posibles y permitidas para decir las cosas sin que sea jerga, con detalle, con ilusión de totalidad, que los nativos hablen pero sin que sus palabras sean ilustrativas? Interrogantes que los autores no responden ni ejemplifican pero que en el texto de Chapman no presentan excesivas dudas.

I) Novena convención: Exégesis contextual de los conceptos y el discurso nativo

En ésta se considera que “la evidencia de la competencia lingüística del etnógrafo... es una de las representaciones claves y más sensitivas que se puede lograr en un texto realista (...) Y sin embargo es uno de los aspectos de la experiencia de campo sobre el que los textos son, generalmente, más silenciosos” (1991: 182)

¿Cómo se ocupa la autora del lenguaje? En un momento señala: “los chamanes exhibieron el alcance de sus wáiuwin mediante lo que mis informantes llamaron ‘pruebas’, en español esto es, pruebas de poder sobrenatural (Chapman). Según Federico, la expresión wiik haijen, que significa ‘hacerse regalos mutuamente’, refería a esta clase de intercambio” (61); ambos ejemplos que muestran que la autora se remite a los significados que le dan a las palabras sus informantes y en muchos casos mantiene sólo ese significado. Es cierto que en algunas ocasiones utiliza palabras en lengua pero aclara cómo obtuvo el significado que da cuando dice: “un título honorífico era haalchir xá'alchen, lo que puede traducirse como ‘experto artesano’ (chin significa manos) que otorgaba a ambos sexos” (68); o en este otro comentario: “Según lo que pude averiguar, uno de los territorios tenía diez hoowin (personajes míticos vinculados al territorio), otros nueve, aunque la gran mayoría sólo tenía uno y para algunos haruwen mis informantes no recordaban ningún hoowin, pero estos datos son incompletos” (89). Finalmente, completa la argumentación recurriendo a otro autor que sirve de referencia externa, Lévi-Strauss, para decir que este nivel de mitología se denomina sistema totémico de clasificación (89).

La articulación etnógrafo/informante es bellamente expresada cuando dice: “Una tarde de otoño, cuando estaba con Lola, ella me señaló con el dedo la enorme luna roja ardiendo sobre el horizonte, diciendo: ‘Kre háaten’ (Luna está furiosa). Esta expresión significa también que la Luna ha entrado en eclipse. Los hombres contaron a Gusinde que Luna aparenta estar saciada cuando es llena... Los hombres le contaron también que...” (112). En este fragmento se observa que

autora presenta el texto con tanta habilidad que le permite: i) contextualizar el momento, ii) que la informante presente su interpretación, iv) acotar y ampliar la información, v) agregar las versiones masculinas transmitidas a un etnógrafo hombre.

También, al presentar la información, la autora establece diferencias y jerarquías en los relatos de los informantes. Por ejemplo, dice que “Ángela me contó que le cantaban al unísono” y que “Ángela explicaba que, si el chamán era ‘sentenciado a muerte por Luna’, probablemente moriría en los próximos dos o tres meses” (114-115). No solamente da el status de explicación a lo que dijo la informante, sino que la pone entrecomillas.

Conclusiones

Las modificaciones en la construcción del objeto en los últimos años, permiten quizás evitar algunos de los problemas planteados en relación al estudio de los llamados “pueblos primitivos” por la Antropología clásica. Sin embargo, el tener presentes las convenciones propias del género conocido como realismo etnográfico permitirá avanzar en el refinamiento de nuevas categorías de análisis. De allí la importancia de leer desde esa perspectiva a los etnógrafos que trabajaron en la Patagonia.

En la obra de Chapman están claramente expuestas la multiplicidad de vías de acceso al conocimiento (film, fotografía, grabaciones de cánticos, grabaciones de listas de palabras, entrevistas, recolección arqueológica), los contenidos centrados en la ceremonia del hain, el ordenamiento y los propósitos que son reflexionar acerca del poder y las relaciones entre los sexos en el extremo austral de la

Argentina. ¿Cómo lo logra? A través de un texto construido cuidadosamente, con énfasis en los detalles. De él surge una autora que no escamotea su presencia y unos informantes que aparecen hablando un lenguaje creíble, efectivamente propio de descendientes de los selk’nam y no de académicos actuales. Todo ello hace que la autora logre el efecto de hacer sentir al lector participe de su trabajo de campo. Se reitera la ilusión de “estar allí” y se corrobora lo señalado por Velasco y Díaz de Rada, en el sentido que “la realización de un esquema argumental, la decisión sobre qué contenidos le dan cuerpo, en qué orden y con qué propósitos comunicativos, son asuntos que no podemos pasar por alto, y que forman parte indiscutible del proceso de investigación” (1997: 133).

En síntesis, un análisis del texto de Anne Chapman y los selk’nam muestra que, entre 1964 y 1974, Chapman utilizó recursos de investigación y aplicó a la etnografía fueguina, sin explicitar un marco conceptual expreso, muchos de los criterios propuestos y estudiados posteriormente por Marcus y Cushman para definir el realismo etnográfico.

Bibliografía

Chapman, Anne. 1986. *Los selk'nam. La vida de los onas*. 1982. Buenos Aires: Emecé.

Chapman, Anne. 1989. *El fin de un mundo. Los selk'nam de Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Vázquez Mazzini Editores.

Chapman, Anne. 1982. *Los hijos de la muerte: el universo mítico de los tolupa-jicaques (Honduras)*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Clifford, James. 1995. *Dilemas de la Cultura*. Barcelona: Gedisa.

Emperaire, Joseph. 1963. *Los nómades del mar*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.

Geertz, Clifford. 1989. "Estar allá y escribir aquí". *Facetas* 2: 58.

Geertz, Clifford. 1989. *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.

González, Alberto Rex. 1989. "Prólogo: Presentación de la Dra. Anne Chapman". *El fin de un mundo. Los selk'nam de Tierra del Fuego*. Por Anne Chapman. Buenos Aires: Vázquez Mazzini Editores.

Marcus, George y Cushman, Dick. 1991. "Las etnografías como textos". Ed. Reynoso, Carlos. *El surgimiento de la Antropología posmoderna*. Barcelona: Gedisa.

Marcus, George y Fischer, Michael. 2000. *La antropología como crítica cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

Valentine, Charles. 1970. *La cultura de la pobreza*. Buenos Aires: Amorrortu.

Velasco, Honorio y Díaz de Rada, Ángel. 1997. *La lógica de la investigación etnográfica*. Madrid: Editorial Trotta.

Lothrop, S. 1928. *The indians of Tierra del Fuego*. New York: Museum of the American Indian, Heye Foundation.

Gusinde, Martín. 1982. *Los indios de Tierra del Fuego*. 3 vols. Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana.